

## *Southampton: ‘Orgullo y prejuicio’*

Una vida no transcurre de forma lineal, sino que se intercala con recuerdos, con hechos importantes y con nimiedades que le brindan huecos y sombras. Aunque no son muchas las sombras que la sociedad de la época le permitía, la vida de Jane Austen estuvo llena de huecos, de espacios privados no dichos y no vividos. Y, desde luego, no fue lineal, sino que giró en torno a distintas ciudades, su alejamiento de ellas y sus visitas; de modo que no me siento demasiado lejos de su espíritu si comienzo a contar su vida a partir de sus ciudades y de sus novelas, y no del transcurrir de sus años.

El viaje por excelencia, creo yo, ha de iniciarse en un barco, o en un tren, en un medio que permita calma y reflexión al viajero, e Inglaterra es un paraíso para quienes aman los trenes y los desplazamientos por agua.

De modo que me dirigí a Portsmouth en un ferry que arribó a la hora prevista, y mientras me preparaba para desembarcar recordé mi experiencia en la gran ciudad portuaria la primera vez que la pisé. Entonces me dirigía hacia el oeste, hacia Kent, pero era demasiado tarde para llegar a mi destino, y la alternativa era coger un autobús a Londres y buscar allí alojamiento.

Yo era muy joven, y no estaba acostumbrada a moverme sola en una ciudad extranjera tan grande, tan hostil como Londres, de manera que elegí alquilar una habitación en una pensión en el mismo Portsmouth y continuar el viaje al día siguiente. Salí a cenar algo, y cuando regresaba a mi pensión, me perdí. Estaba a un par de calles, pero sin darme cuenta aparecí en el barrio chino. Cuando logré orientarme, un grupo de *skin heads* comenzó a seguirme. Ahora creo que no me hubieran hecho nada, que eran un grupo de niños que habían detectado mi miedo y que se divirtieron gritando consignas racistas e insultándome, pero en aquel momento yo creí correr peligro. Mantuve el paso, llegué a la puerta de mi alojamiento y eché a correr escaleras arriba. Los *skins* permanecieron bajo mi ventana, riendo y escupien-

do en el suelo, otra media hora más. Cuando se fueron me tumbé en la cama y me eché a llorar.

Yo continué mi viaje sin problemas, pero asocié siempre el nombre de Portsmouth con el olor a sudor y a pescado podrido del barrio chino, y con la consciencia brutal, estremecedora, de mi propia fragilidad. Algún tiempo después, las peleas entre *skins* y españoles acabaron con heridos y dos muertos en Brighton.

En esta ocasión, no hubo aventura. Dos horas más tarde me encontraba instalada en un hotel en Southampton, tomando un chocolate caliente y leyendo *Mansfield Park*. Mi habitación estaba decorada en tonos rosados y verdes, con unos volantitos y un estampado de todo menos discreto en las sábanas. Y en la bañera, junto a sus correspondientes frascos de champú y gel, había dos patitos de goma casi ahogados bajo la abundancia de flores de plástico y toallas rosas. La elegancia de la época de Jane Austen desapareció bajo el empuje del *kitsch* victoriano, y los años y la proliferación de tiendas baratas de decoración no han hecho sino agravar el proceso.

El viaje en tren desde Portsmouth había sido bonito y plácido. De vez en cuando, una hilera de casas de aspecto muy pobre ofrecía a las vías el patio trasero, el peor de todos los patios, con juguetes rotos, envoltorios de patatas fritas tirados, maderas desechadas y muebles pasados de fecha, pero en medio de la inmundicia vi árboles en flor, magnolios japoneses, ciruelos, posiblemente algún manzano. Entre la hierba crecían primulas y violetas, las flores con las que la pobre Ofelia tejió su corona antes de arrojar-se al río, y narcisos.

Los únicos adultos del tren eran dos hindúes; el resto no pasaba de los trece años, niños con andares y fingimientos de adultos. Las ventanas estaban entreabiertas, posiblemente desde hacía años (los vagones, muy viejos, herrumbrosos, me recordaron a los que yo cogía para ir a Bilbao de pequeña) y se pasaba frío, pero el inicio de un viaje nos dota siempre de una tolerancia mayor a la habitual, de una indiferencia gozosa frente al frío, la comida o la necesidad.

Cuando ya en la habitación del hotel encendí la

televisión, un jardinero rubio y al que se le adivinaba satisfecho por su físico (aunque probablemente no por su dicción, que dejaba bastante que desear)hablaba de cómo los victorianos, especialmente los hacendados rurales, cazadores, en su mayoría, cambiaron la idea y la geografía del norte de Inglaterra y de Escocia. Lo que hasta entonces eran granjas pequeñas se transformaron en vastas extensiones cubiertas de hierba. Me pregunté cómo sería esta zona, el sur, en la época en la que Jane Austen triscaba por los alrededores. En teoría, el Hampshire y las Cotlands eran todo un ejemplo de belleza y apacibilidad, con su paisaje domesticado y su hierba esmeralda.

Pero ya entrado el siglo XIX los románticos ansiarán drama, niebla, ruinas y ramas al viento. La campiña resultará demasiado ordenada para el gusto de los que luego vinieron...como el retrato que de Jane Austen hizo su hermana, por ejemplo, el único que se conserva de ella, y que se modificó y adaptó más al gusto de la época porque mostraba una expresión demasiado inteligente, poco dulce. En muy poco tiempo, todo el universo georgiano desaparecería borrado por la fuerza del romanticismo y la larga permanencia de los victorianos.

Jane Austen nació en 1775:la Revolución Francesa la sorprendió siendo una adolescente. Rousseau, Adam Smith y Johnson eran autores que convulsionaban la filosofía, la economía y la literatura de la época. Las guerras napoleónicas fueron una constante en su vida, aunque no en su obra, y la batalla de Trafalgar tuvo lugar cuando ella cumplió los treinta años. Poco antes de que Jane muriera, en el mismo año en que otra familia literaria, los Brontë, llegaban a su primera casa en Thornton, el poder de Napoleón terminaba en Waterloo.

El mundo que ella conoció se encontraba rígidamente separado en clases, y a ella le correspondía moverse entre la pequeña burguesía rural. Eso le permitía el acceso a determinados ambientes de clase alta, a cierta educación y a librarse del trabajo manual. Sin embargo, la condenaba a depender de sus parientes varones, padres, hermanos o esposo, a la

pasividad y a someterse a un estricto código moral.

Una mujer de su posición nacía destinada al matrimonio, un objetivo en el que el amor tal y como ahora lo entendemos tenía muy poco que ver. Se procuraba que los prometidos mostraran ciertas afinidades, o que contrajeran matrimonio presos del espejismo del enamoramiento, pero el fin principal del enlace era asegurar los ingresos de la pareja y los contactos de las familias. Dado que las mujeres solteras no podían heredar y se las consideraba eternas menores de edad, una exquisita joven podía arrastrar consigo el peso de dos hermanas solteras, o solteronas, y una madre viuda, a las que también había que proveer, y que en determinado momento podían matizar el ardor de sus pretendientes.

Y, desde luego, una vez que la joven se casaba, su principal cometido era la maternidad. Una familia media, sana, tenía entre ocho y diez hijos, de los que no todos sobrevivían. Era normal también que las mujeres murieran al dar a luz, o de fiebres puerperales. La belleza y la esbeltez desaparecían pronto, y los maridos también: disipado el interés por el sexo, o impedido éste por el embarazo o la recuperación del parto, y excluido el hombre del mundo femenino de una manera tan rotunda como lo era la mujer del masculino, la mayor parte de los matrimonios terminaba siendo lo que en el fondo habían disimulado bajo ilusiones: un contrato económico.

Las niñas recibían una educación básicamente ornamental: nociones de aritmética, de geografía e historia. También se dedicaban a trabajos de aguja e hilo, muy apreciados en aquella época: las chicas modestas bordaban y zurcían, las que acudían a colegios más selectos trabajaban también con seda. Las labores de retales estaban de moda, y Jane y su madre cosieron una enorme colcha con esa técnica, que aún se conserva en su casa de Chawton. Tocaban el piano un poquito, y cantaban otro poquito. Se les enseñaba a bailar y en ocasiones organizaban un teatro de aficionados. Cuando hacían su entrada en sociedad, se las suponía adiestradas en las habilidades adultas: los juegos de cartas hacían furor.

A los georgianos les apasionaba el campo, las fies-

tas privadas, los bailes públicos y todo lo relacionado con la literatura. Las muchachas devoraban novelas, más o menos rosas, más o menos góticas, y se escribían docenas de notitas al día, con una fruición sólo comparable a la que despierta el correo electrónico en la actualidad. Hombres y mujeres llevaban diarios y mantenían correspondencia con su familia y sus amistades. Era una sociedad comunicativa, cortés y afable, en la que los buenos modales importaban casi tanto como el dinero, y el dinero casi tanto como la subcategoría a la que se pertenecía dentro de la clase.

Jane Austen hablará de todos estos temas en sus novelas, y convertirá las nimiedades, la vida superficial y monótona de su entorno, en un laboratorio donde investigará reacciones, sentimientos, actitudes y conducta moral.

Ni la Revolución Francesa ni la Revolución Industrial parecieron dejar huella en su obra. Sí en su vida (una de sus primas perdió a su marido en las revueltas de París; lo guillotinaron, lo que no dejaba de ser una muerte *à la mode*) y en su correspondencia personal («qué espantoso es que tanta gente muera en la guerra...y qué bendición que no nos importe de verdad ninguno de ellos »).

Cuando comenzó a escribir, los temas que le interesaban estaban muy claros. La ironía, la fina sátira con que envuelve cada una de sus novelas deberían ser suficientes para quienes buscan una condena de la pobreza, o una muestra de su desacuerdo con las clases imperantes. Creo, de todas formas, que a Jane le preocupaba mucho más la hipocresía que la lucha de clases, y la rectitud de espíritu que el ánimo heroico. Fue su opción, apuró sus posibilidades de forma extrema y con una habilidad maravillosa, y no hay nada más que decir sobre ello.

Las guerras napoleónicas y la expansión marítima permitieron que el ejército y la armada se convirtieran en destinos deseables para muchos jóvenes, y que pudieran labrarse una fortuna. Dos de los hermanos de Jane mejoraron su posición de esa forma, y la obsesión de Lydia Bennet en *Orgullo y prejuicio*

por los soldados refleja la excitación que un regimiento de hombres podía arrastrar consigo.

La vida de las mujeres giraba siempre en torno a la de los hombres, pero pocos personajes de la literatura inglesa encarnan tan bien esa dependencia como Lydia Bennet. De hecho, las cinco hermanas Bennet abordan su relación con el sexo opuesto de manera bien distinta, y casi arquetípica. Jane, la mayor, linda, afortunada, un dechado de virtudes, se enamora en las primeras páginas de la novela, y pese a una madre insoportable que casi da al traste con todas sus posibilidades, en su afán de casarla bien, es correspondida por un mirlo blanco, un caballero que parece salido de sus sueños. Como a las princesas de los cuentos, no le resultará tan sencillo conseguir la felicidad, y ella, con la misma paciente resignación que si se encontrara efectivamente en un cuento ruso, aguardará a que todo se resuelva.

Mary, la tercera, es una empollona prototípica, la chica que casi todas las mujeres hemos sido en algún momento de nuestra vida, tan preocupada por resultar atractiva a los hombres que ha decidido no mostrar ningún interés por ellos y dedicarse al cultivo del intelecto. Por desgracia, hace falta algo más que leer para convertirse en una persona inteligente, y la novela termina sin que Mary haya llevado a cabo demasiados progresos.

Para Lydia, la menor, se inventó la expresión «edad del pavo». A los quince años, su único tema de conversación son los chicos y los trapos, los bailes y las invitaciones. No desperdicia una sola ocasión para divertirse, considera que todo el mundo está a su servicio, y aún no ha descubierto las consecuencias de sus actos. Cuando se fuga para casarse con un reputado donjuán, no se detiene a pensar que puede arruinar su vida o perjudicar las esperanzas de sus hermanas: vive únicamente en el presente, es más impulsiva que cualquier otro personaje, y además, se sale con la suya. Pese a la reprobación social, se casa con quien quiere, y antes que nadie.

Podríamos verla también como una mujer valiente, una rebelde a la que las convenciones del momento traen sin cuidado: Lydia siente curiosidad por

hacerse mayor, y considera que los deberes no pueden enturbiar la existencia. Sea como fuere, Jane Austen no la castiga, y quien paga por los excesos de la pequeña es Kitty, la cuarta hermana, que hubiera seguido de buen grado los pasos de Lydia, pero a la que sus padres, posiblemente, pondrán a buen recaudo.

Por último, la hermana más atractiva, la que seguimos con interés a lo largo de toda la novela, es Elizabeth. Jane Austen siempre dota a sus heroínas de buenas cualidades, como una hada madrina que otorgara favores con los que luego las chicas deban especular. Elizabeth Bennet es, ante todo, inteligente. No carece de otras virtudes (buena hija, buena hermana, preocupada por la suerte de cada uno de los miembros de la familia, responsable, firme), pero, ante todo, sabe expresar sus pensamientos de manera seductora, y con ello hacerse inolvidable.

Una heroína de una hermosura y una virtud sin tacha atraería menos el interés a esas alturas de la literatura: resulta más sencillo identificarse con una mujer normal, en ocasiones bonita, que sabe bailar bien, que es capaz de conquistar a un hueso duro de roer si se lo propone, que con un ángel celestial. De ahí que Elizabeth nos resulte más atractiva que Jane.

La historia de amor de Elizabeth, por otra parte, resulta infinitamente más interesante. En principio, se siente atraída por un hombre deseable, pero que no muestra el menor interés por ella. La tensión aumenta, y en algún momento cede, se doblega, se convierte en amor.

Por lo general, los héroes de Jane Austen son intachables. El señor Knightley, por ejemplo, supera a la propia Emma en madurez y constancia. Sin embargo, el elegido de Elizabeth, Darcy, tiene tanto que aprender, tanto orgullo que tragar y prejuicios que eliminar como su amada.

Darcy ha embaucado a generaciones de lectoras con su altivez y con sus aires de superioridad luego doblegados. Como una venganza contra los miles de años de fierecillas domadas y de mujeres conquistadas, el rico heredero termina a los pies de Elizabeth, que ni era rica, ni espectacularmente bella, ni mucho menos la mujer a la que estaba destinado. La propia

Elizabeth no acaba de creerse del todo que tan estimado galán la ame: «¿Ha sido por mi impertinencia?», pregunta, medio en serio medio en broma. «No. Por lo agudo de tu ingenio », responde el mozo, completamente entregado.

¿Cómo resistirse a un soltero guapo, un tanto quisquilloso pero capaz de valorar la inteligencia, y dueño de una propiedad magnífica como es Pemberley? ¿Y si además se compromete con la familia de la novia hasta tal punto que la libera de su principal problema, a saber, el lío en que Lydia está metida? Dos siglos más tarde, las mujeres continúan buscando Darcys. Porque la gracia de enfrentarse a un Darcy reside en que no valdrán artimañas, ni pestañeos. A Darcy se le conquista con dos armas: la elocuencia y la predestinación. De alguna manera, Darcy encanta porque sabemos que es con quien acabaremos, por muy gruñón que sea, por muchos roces que tengamos, por mucho que nos resistamos.

No parece casual que un icono moderno como ha terminado por considerarse a Bridget Jones llame al que acabará por ser su novio Darcy. Y como el Darcy de Austen, ese ser reservado, que evita a Bridget desde un principio, que no muestra el menor interés por ella, termina por conquistarla a fuerza de perseverancia y de estabilidad. El Darcy de Bridget saca de apuros a la más irresponsable de la familia, en este caso la madre, y lo hace también a golpe de talonario. No es mal comienzo para emparentar con una gastadora compulsiva como Bridget Jones.

Como curiosidad, y para acabar de rizar el rizo, el actor Colin Firth, que interpreta a Darcy en una versión para la BBC de *Orgullo y prejuicio*, encarnó también a Darcy en la versión cinematográfica de *El diario de Bridget Jones*. Los iconos no sólo se repiten, sino que permanecen.

La novela termina con una doble boda, la de los etéreos Jane y Bingley y los muy humanos Elizabeth y Darcy. Una novela, tres bodas. Pero si ambas parejas se mudarían, con toda seguridad, a sus haciendas en el campo, unos a mirarse extáticos y los otros a continuar peleándose y reconciliándose, lo más probable es que Lydia y su poco recomendable marido



no llegaran a más que a una vida siempre al límite de la deuda en Portsmouth.

Portsmouth era uno de los ejes vitales de la armada, y una de las ciudades más activas del momento. Jane, como queda muy claro en *Persuasión*, miraba con buenos ojos a la armada, que además contaba entre sus efectivos a miembros de su familia. Cuando el reverendo murió, las mujeres Austen decidieron instalarse por una temporada en Southampton; lo hicieron en parte porque los contactos de Frank y Charles, los hermanos marinos, facilitaron el proyecto, y en parte por estar cerca de ellos, destinados en Portsmouth. El puerto de Southampton había perdido importancia, y decaía hasta que se puso en boga acercarse hasta allí a tomar las aguas.

El príncipe de Gales, Federico, se aficionó a la ciudad aproximadamente en 1750, e inmediatamente, por inercia, la moda comenzó. Al príncipe no le quedó mucho tiempo para disfrutar de las aguas: cogió un resfriado mientras jugaba al tenis y se murió de pleuresía en 1751. Aun así, sus tres hijos continuaron con la costumbre de visitar Southampton, y hasta que Brighton vino a relevarla, la mayor parte de la nobleza tenía por signo de distinción alquilar allí una casa durante dos o tres meses.

Southampton unía a sus aguas minerales, tan apreciadas, las diversiones de una ciudad costera. Varios doctores de la época comenzaban también a prescribir baños de mar para curar el reumatismo o la parálisis, y las damas acogieron con entusiasmo la novedad. Por supuesto, se bañaban con el cuerpo y la cabeza cubiertos, porque una cosa era la salud y otra el libertinaje.

Aparte de tomar las aguas, los bailes eran famosos en la ciudad. Las salas de baile en las que los jóvenes y sus carabinas se reunían quedaron pronto anticuadas y pequeñas, y se ampliaron alrededor de 1760. La furia por las fiestas y las danzas fue tan exagerada que llegaban a darse tres a la semana durante la temporada, que comenzaba el 5 de junio y se clausuraba en octubre.

Los martes el baile era formal, los jueves se daba

el cotillón, el más apreciado de todos porque permitía el coqueteo a corta distancia, y los sábados quedaban reservados a danzas populares de la zona. Como en cualquier discoteca, se pagaba por la entrada, y se dejaba una pequeña propina a los músicos. El baile comenzaba a las siete de la tarde y, muy a pesar de los jóvenes, se interrumpía a las once de la noche en punto.

Se servía chocolate y té, y se esperaba que los caballeros invitaran a las damas, por lo menos a la que bailaba con ellos en ese momento. Los buenos modales no estaban del todo implantados, y había normas que indicaban que los caballeros no debían colocarse en primera fila para fichar a las damas que bailaban, sin dejar ver a los más bajitos, y que mientras hubiera señoras de pie, ellos no debían acaparar los asientos. Tampoco debían entrar con botas, ni con las espadas ceñidas.

Aparte de los bailes, se organizaban juegos de cartas, conciertos y jornadas de caza. Las compañías de teatro consideraban que la ciudad era una de las paradas esenciales en sus giras.

El padre de Jane acababa de morir cuando ellas llegaron a la ciudad, y resulta poco probable que ella y su hermana tomaran parte en diversiones durante algún tiempo después de la mudanza. Jane tenía treinta años, corría 1805, y ya no había ninguna razón para permanecer en Bath, una ciudad que las estaba esquilmando y que no les agradaba. Cuando se instalaron en Castle Square, Southampton era una localidad de calles medievales y con un puerto abarrotado siempre de noticias y gente; Jane ya la conocía y no guardaba una opinión muy favorable de ella. Además, su hermana Cassandra se encontraba lejos, y ella vivía con su madre y con su amiga Martha Lloyd, que acababa de perder también a su padre, en una casa que en realidad pertenecía a su hermano y a la esposa de éste. En su calidad de hermana soltera, por añadidura se esperaba que cuidara de sus sobrinos, y que lo hiciera sin cuestionar las órdenes de su cuñada. Demasiada gente, poco dinero y nula independencia.

No quedan demasiados edificios de la época de Jane Austen en Southampton, y la casa en la que ella y su familia vivieron ha desaparecido. En su lugar se eleva un pub que, a la hora a la que yo me acerqué a verlo, estaba cerrado. Sin embargo, sigue en pie el Dolphin Hotel, en High Street.

En sus inicios fue una posada, pero los dueños supieron ver las oportunidades que la ciudad brindaba y lo convirtieron en un hotel de lujo. Los coches entraban directamente al patio, que aún se conserva, y la planta baja era un punto de reunión importante para los transeúntes aburridos en las tardes de invierno. Había también unas tiendecitas elegantes de productos de lujo, y un café, una especie de club privado donde los caballeros podían leer los periódicos de la zona y los de Londres, si no les importaba hacerlo con un día de retraso.

Aquí se organizaban los bailes de invierno. Jane Austen danzó en este lugar en el año 1808, en lo que actualmente es el comedor. Pese a todo, a su edad, a los problemas, le encantaba bailar, y había sido una gran aficionada a esta diversión cuando era jovencita. En una carta a su hermana, como un eco del pasado, Jane contaba: «No te lo creerás si te cuento que me sacaron a bailar... ¡Pero me sacaron!». Los asistentes podían ver y ser vistos desde la calle a través de unas galerías, llamadas en inglés *bow windows*, que prestan su forma característica al edificio. Los sofás siguen tapizados en un terciopelo azul muy gastado, y la madera oscura, que aún conserva cierto brillo, cruje bajo mis pasos.

En todas las novelas, pero muy especialmente en *Orgullo y prejuicio*, bailar se muestra como un placer exquisito, un modo de burlar la estricta vigilancia de los mayores y de rozarse con otros cuerpos. Los dos personajes principales se conocen, de hecho, en un baile, y ser elegido o despreciado, bailar bien o no, marca la diferencia en la relación amorosa. En *La abadía de Northanger*, la inconstante Isabella coquetea y baila con unos y otros sin reparar en el daño que puede causar a su prometido. Los bailarines muestran su capacidad para coordinarse, pero también para regresar a su pareja pese a las vueltas, los intercambios

y las dificultades.

A principios del año 1809, el hermano más acomodado de los Austen, Edward, les ofreció otra casa: una granjita en Chawton, y la familia acogió la oferta con obvia satisfacción. Jane, que llevaba años sin escribir, encontró allí tiempo y tranquilidad para hacerlo.